

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por los milagros innumerables por medio de los cuales vuestra omnipotencia y vuestra sabiduría infinita hicieron que todos los acontecimientos del mundo cooperasen á la gloria del Mesías, vuestro Hijo y mi Redentor, como vuestros Profetas lo habian vaticinado y Vos lo habíais decidido desde toda la eternidad.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *me someteré sin murmurar á los decretos de la Providencia.*

LECCION XLVI.

PREPARACION DEL MESÍAS.

Mision de los asirios.— Historia de Judith.— Su relacion con la preparacion del Mesías.— Holofernes sitia á Betulia.— Judith, su vida, sus oraciones.— Llega al campo de Holofernes.— Muerte de este General.

Al asomar el dia que siguió á la partida de Aquior, Holofernes dió á su ejército la órden de ponerse en marcha, de avanzar contra Betulia y de cercarla por todos lados. Hallábase al frente de ciento veinte mil hombres de á pié y veinte y dos mil jinetes de tropas regulares, sin comprender un número infinito de extranjeros que habia elegido entre las naciones nuevamente sometidas, y que habia obligado á servir.

Betulia era una pequeña plaza situada en un monte que constituia toda su fuerza, y por la misma razon era muy fácil sitiarla por hambre, no teniendo bastante gente para cercarla del todo. Por la mañana se vió ya desde la ciudad el formidable ejército de los asirios que se extendia por las alturas y formaba un extenso círculo en torno de Betulia. Ante tal espectáculo redobláronse las oraciones y promesas, y todo el pueblo suplicó, con el rostro inclinado al suelo, al Dios de Israel que manifestase su misericordia.

Era indudable que solo con el auxilio del cielo contaban y debian contar en una lucha tan desigual; pero era preciso esperarlo sin tentar al Señor, y hacer por su parte algunos esfuerzos hasta el momento determinado por él para ayudar á su debilidad. Armáronse en su presencia, fueron á ocupar todas las gargantas del monte que servian de camino para llegar hasta ellos, y relevándose unos á otros, las custodiaban continuamente de dia y de noche.

Holofernes dió vuelta al monte cercano á Betulia antes de intentar un ataque, y viendo que las aguas de una fuente que brotaba de este monte eran conducidas á la ciudad por un acueducto, lo mandó cortar en el acto, esperando que antes de pocos dias la sed obligaria á los habitantes á rendirse á discrecion. Las conjeturas de

Holofernes no eran por desgracia desacertadas, y pronto la ciudad se vió reducida al mayor apuro. Reuniéronse para deliberar, y convinieron en rendirse transcurridos cinco dias, si el Señor no daba señal de su misericordia, y entre tanto resolvieron pasar los cinco dias en la penitencia.

Dios, que habia llevado la prueba tan léjos como era posible, hizo brillar un rayo de esperanza. Preparaba un milagro; mas queria obrarlo, segun acostumbraba, por medio de una mano débil, la mas propia para hacer que recayera sobre su brazo omnipotente la gloria de su triunfo. Así pues, como se trataba de humillar al mas orgulloso de los hombres, habia elegido á una mujer para instrumento de sus maravillas.

Aquella heroína se llamaba Judith, de la tribu de Simeon: se habia casado á la edad de algo mas de veinte años con un israelita de la tribu de Zabulon, llamado Manasés, establecido como ella en Betulia, y habiendo enviudado despues de tres años y medio de matrimonio, renunció para siempre á unirse con los hombres. Era jóven, rica, sin hijos, y dotada de todas las cualidades del cuerpo y del alma que constituyen una mujer perfecta. Resuelta á hacer profesion pública del retiro y de la modestia conveniente al estado de viuda que habia resuelto no abandonar, ocupaba en la parte superior de su casa un aposento secreto, donde permanecia encerrada con las jóvenes que la servian. Á pesar de la inocencia y regularidad de toda su vida, se condenó á los rigores de la penitencia: iba vestida con un rudo cilicio y ayunaba todos los dias, exceptuando los festivos, que solemnizaba con santas diversiones; y su reputacion de santidad era tan universalmente conocida, que no se hubiera hallado nadie que hablara mal de ella. Tal era la libertadora que el Señor destinaba á su pueblo.

Judith oyó hablar de la resolucion que se habia tomado de rendir á Betulia pasados cinco dias, si antes de este término no era socorrida la plaza por algun rasgo extraordinario del poder de Dios, y envió á buscar á dos ancianos del pueblo, á quienes dijo: ¿Qué es lo que acabo de saber? ¡Cómo! ¿habeis resuelto entregar la ciudad á los asirios pasados cinco dias, si antes de este plazo no aparece el auxilio que se espera del cielo? ¿Qué sois, pues, para tentar así al Señor? ¿Os atreveis á darle leyes y á fijarle á vuestro antojo la época de sus misericordias? No se merece de este modo su proteccion, sino mas bien su cólera. Sin embargo, ya que su paciencia es infi-

nita, humillémonos delante de él, hagamos nuevamente penitencia, y esperemos con confianza su consuelo.

Movidos por sus palabras los ancianos y sacerdotes que habian acudido á la casa de la virtuosa viuda, le dijeron: Decís verdad: orad por nosotros, porque sois una santa mujer. Ya que reconocéis el espíritu de Dios en mis palabras, añadió Judith, id á prosternaros en su presencia para saber si es él quien me inspira la resolucion que he tomado, y alcanzarme el valor de ejecutarla. Me hallaréis esta noche en la puerta de la ciudad, de donde saldré con una de mis criadas. Rogaréis en seguida al Señor, que por espacio de cinco dias se digne tener compasion de su pueblo. No me preguntéis mas; no quiero confiar á nadie mi secreto. Id en paz, le respondió Ozías, gobernador de la ciudad, pues descansamos en vos acerca de nuestra libertad.

La principal preparacion de Judith consistia en la oracion y la penitencia. Entró en su oratorio, volvió á tomar su cilicio, se cubrió la cabeza con ceniza, se prosternó á los piés del Señor, y desahogó ante él su alma. Despues de su ferviente oracion se levantó, llamó á una de sus servidoras, y bajó con ella al aposento donde habia vivido en otro tiempo. Despojóse allí de su cilicio, se desnudó de su lúgubre traje de luto, se hizo perfumar con una exquisita esencia, se trenzó los cabellos, adornó su cabeza con un magnífico tocado, se vistió con su mas rico traje, pusieron en sus piés un brillante calzado, tomó sus brazaletes, sus collares, sus pendientes y anillos, y quiso que nada faltase á su adorno.

No fue esto todo: como la voluntad de Dios y la mas pura virtud eran los motivos del esmero curioso que sugiere comunmente á las personas de su sexo la vanidad de agradar, el Señor no se contentó con conservar en su sierva los dones de la naturaleza, sino que le dió nuevas gracias que la hicieron brillar á los ojos de todo el mundo con una belleza incomparable. Estando todo dispuesto, Judith dijo á la jóven que debia acompañarla: Toma una vasija llena de vino, un vaso de aceite, pan, algunos higos, queso, y sígueme.

Llegan sin tardar á la puerta de la ciudad, donde esperaban Ozías y los ancianos, como estaba convenido. No se atreven á dirigirle pregunta alguna, y se contentan con decirle: El Dios de nuestros padres os acompañe, y sostenga con el poder de su brazo la generosidad de vuestros proyectos, y vuestro nombre illustre por la libertad de vuestro pueblo sea escrito para siempre con el de los justos y santos.

Judith continúa su camino acompañada de su servidora, y unida siempre al Señor por medio de una ferviente oracion, baja del monte, y al asomar el día, se halla cerca de los puestos avanzados de los asirios. Sus vigilantes la ven, y la detienen diciéndole: ¿Quién sois y á dónde váis? Soy una hija de los hebreos, responde sin turbarse; he huído de la ciudad, porque preveo que no se resistirán por mucho tiempo, y me he dicho: Iré al encuentro del grande Holofernes, y le comunicaré el secreto de terminar prontamente su conquista sin que le cueste un solo hombre ¹. Habeis obrado con prudencia, le responden, atendiendo á vuestra conservacion, y presentándoos á nuestro General, os granjearéis su gracia. Seguidnos con confianza, pues vamos á anunciaros.

Introducen sin dilacion á Judith en la tienda de Holofernes, quien queda deslumbrado al ver su hermosura. Judith dirige al altivo General una mirada respetuosa, se prosterna hasta el suelo, y permanece en su presencia en la mas profunda humillacion. Holofernes manda á sus gentes que la levanten, y le dice: No temáis; explicadnos, no solamente por qué habeis salido de Betulia, sino lo que os induce á ponerlos á mi discrecion. Judith respondió á todo con seguridad.

Holofernes estaba encantado con las palabras que salian de la boca de Judith, y que eran para él y para sus oficiales otros tantos oráculos cuya sabiduría admiraban. Todo se disponia perfectamente para la ejecucion del proyecto de Judith. Holofernes mandó que se le preparase un aposento en el gabinete de sus tesoros, que permaneciese allí con entera libertad, y que se le llevase todos los dias para comer manjares de su mesa. Judith lo aceptó todo, excepto el alimento que se le destinaba. No puedo, dijo, alimentarme con los

¹ Sabemos por la Escritura que Judith era una mujer muy virtuosa, y que antes de ejecutar su peligroso designio habia consultado al Señor por medio de fervientes oraciones. Vemos que su accion es ensalzada por el Espíritu Santo, que los judíos celebran una fiesta solemne para perpetuar su recuerdo y glorificar á Dios, y que todos los Padres de la Iglesia han exaltado á porfia su valor y su austera virtud. Solo conocemos imperfectamente el derecho de las naciones antiguas, lo que nos induce á mirar como extraños los ardides y artificios que podian pasar como medios admitidos; finalmente, solo sabemos la sustancia del hecho, y si hubieran llegado hasta nosotros los pormenores justificarian tal vez á nuestros propios ojos, y sin mas prueba, lo que nos parece difícil de explicar. Estas observaciones bastan para hacer que sean superiores á toda crítica razonable la conducta y las estratagemas de la santa viuda de Betulia.

manjares de vuestra mesa, porque me lo prohíbe mi ley; ya he tenido cuidado de hacer mis provisiones, y me han traído todo lo que necesito.

Antes de entrar en la tienda que se le habia preparado, Judith pidió permiso para salir durante la noche y antes de día para ir á hacer al Señor su oracion acostumbrada. Esta libertad era esencial para su proyecto, y la obtuvo fácilmente. Holofernes manda á los oficiales de su cámara que la den gusto en todo, y la dejen entrar y salir durante tres dias para orar á su Dios á todas horas.

La santa viuda se aprovechó de su permiso. Todas las noches bajaba al valle de Betulia, donde se lavaba en una fuente para purificarse de su sociedad con los infieles. Volvia á entrar en seguida en su tienda, donde purificada de esta suerte pasaba el dia en la oracion y en ayuno hasta la tarde, no tomando entonces mas que una comida frugal. La noche del cuarto dia Holofernes hizo preparar un gran festin á todos sus oficiales, al cual fue invitada Judith, que segura de la proteccion de su Dios aceptó sin vacilar. Se presentó adornada con sus mas magnificas galas delante de Holofernes, que le dijo: Bebed y comed, porque os habeis granjeado mi afecto. Lo haré, respondió Judith; pero sabeis, señor, que no me están permitidos todos los manjares, y me he hecho traer lo que necesito. Y bebió y comió en su presencia lo que su criada le habia preparado.

Holofernes, que casi estaba próximo al momento de su muerte, se entregó como tantos pecadores á una alegría loca y brutal, y bebió con tan poco miramiento, que, habiéndose excedido mas de lo que habia hecho en toda su vida, hubo necesidad de sacarle de la mesa aletargado por los vapores del vino, y de acostarle en su lecho, donde cayó desde luego en el mas profundo sueño. Un instante despues sus oficiales se retiraron á sus respectivas tiendas casi en el mismo estado que su General. Judith quedó sola en la tienda de Holofernes; pero habia tenido cuidado de advertir á la jóven que la servia, que no se alejara y vigilase todo cuanto pasara fuera de la tienda.

Habia llegado el momento decisivo: era forzoso perecer ó perder á su enemigo. Judith, en pié delante del lecho de Holofernes, se dirige al Señor y le dice en voz baja y llorando: Señor Dios de Israel, amparadme en este momento. Al decir estas palabras, se aproxima á la columna que habia á la cabecera del lecho, toma la espada del General que de ella estaba pendiente, y asiendo despues á Holofer-

nes por los cabellos y diciendo: Señor, Dios mio, socorredme! le descarga con toda su fuerza dos grandes golpes con que le corta la cabeza, y quitando en seguida el pabellon de las columnas, envuelve con él el cuerpo mutilado.

Sale al momento y entrega á su criada la cabeza de Holofernes, diciéndole: Colócala en el saco que has traído; y se alejan sin dar el menor indicio de turbacion. Las guardias las dejan pasar creyendo que van á orar segun su costumbre, y ellas cruzan todo el campo, y dando la vuelta al valle, se dirigen tranquilamente á la puerta de Betulia.

Hora era ya de que llegasen: iba á asomar el dia destinado á la rendicion de la plaza, y empezaba á agotarse la paciencia de los habitantes. Judith dijo á los centinelas que vigilaban en las murallas desde el punto en que creyó que ya podrian oirla: Abrid las puertas; el Señor es con nosotros, y acaba de tender sobre Israel el poder de su brazo. Habiendo los centinelas reconocido su voz, se apresuraron á abrir, y muy pronto se reunió todo el pueblo. Judith subió entonces á una pequeña eminencia, y se explicó en estos términos: Ensalzad al Señor nuestro Dios, que no ha abandonado á los que han puesto en él su confianza. Y abriendo despues el saco, añadió: Hé aquí la cabeza de Holofernes. Y la enseñó á la asamblea. Todo el pueblo unió su voz, ebrio de gozo, á la de Judith, para bendecir al Señor.

Mientras tenia esto lugar en Betulia, el campo de los asirios estaba sumido en un profundo sueño. Judith ordenó que lo atacasen al despuntar el dia, y colocasen la cabeza de Holofernes en el sitio mas elevado de las murallas. Viendo los asirios avanzar á los israelitas en orden de batalla, corrieron á la tienda de su General; mas no se atrevian á entrar, porque les estaba prohibido turbar su sueño. Finalmente, se aventuró á penetrar en ella un criado, el cual no oyendo ruido alguno, recorrió la cortina, y solo halló un cadáver sin cabeza. Al verlo, lanzó un grito, volvió á donde estaban los oficiales, y les dijo: Venid y ved. El vértigo se apodera de los jefes y muy pronto de todo el ejército, y solo piensan en la fuga. Los israelitas llegan y acometen á los enemigos con la espada desnuda. La victoria fue completa: treinta dias bastaron apenas para recoger los despojos. Judith, proclamada libertadora de su pueblo, figura viva de María, volvió al momento á su oscuridad, y continuó hasta su muerte su vida de oraciones y penitencia.

Los asirios aprendieron con su vergonzosa derrota á respetar el pueblo de Dios que tenian mision de corregir, pero no de destruir. De modo que la historia de Judith, tan bella por sí misma, es magnífica cuando se ve que constituye una parte esencial del plan general de la Providencia para la conservacion de la gran promesa del Libertador, confiada en depósito al pueblo judío; y enlazándose además con vínculos tan estrechos á la preparacion del Mesías, es una prueba brillante de esta verdad fundamental, es decir, que todos los hechos anteriores al nacimiento de Cristo se explican en tres palabras: Todo para el Cristo, Cristo para el hombre, y el hombre para Dios.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber conservado tan cuidadosamente el recuerdo del Redentor; dadme la gracia de aprovecharme de sus méritos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, me encomendaré á Dios en todos mis peligros.